

OSCAR
WILDE

CUENTOS COMPLETOS

EL PRÍNCIPE FELIZ
Y OTROS CUENTOS
UNA CASA
DE GRANADAS
EL CRIMEN DE LORD
ARTHUR SAVILE
Y OTRAS HISTORIAS
EL RETRATO
DE MÍSTER W. H.
POEMAS EN PROSA

Introducción
Luis Antonio de Villena

Este volumen ofrece toda la narrativa breve de Oscar Wilde, pequeñas joyas literarias que él calificaba de «estudios en prosa», pensadas tanto para niños como para adultos. Sus primeros relatos, con ecos de Andersen, Hoffmann y la tradición popular, son fábulas de exquisita prosa, cuyo encanto reside en la ingenuidad y la bondad que exaltan. En *El crimen de lord Arthur Savile y otras historias*, entre las que destaca el famoso relato *El fantasma de Canterville*, Wilde da rienda suelta a su vena satírica y humorística, mientras que en *La casa de granadas*, influido por el simbolismo decadente francés, se muestra mórbido, pagano y sensual, caminando triunfal por la belleza.

INTRODUCCIÓN

OSCAR WILDE: ESTETA, MÍSTICO Y EXHIBICIONISTA

Oscar Wilde sigue siendo uno de los más fascinantes autores de la época. El transcurso del tiempo, que tantas cosas altera, a él no le ha privado de su lozanía; y aunque tengamos necesariamente que comprender un Wilde *histórico*, ello no es óbice para que cuanto él fue, y una muy amplia parte de lo que escribió, continúe pareciéndonos hoy — con la magia de los mejores clásicos— encantador y sugestivo. ¿El secreto? Me atrevería a decir, un tanto de golpe y simplificando, que la *vida*, o acaso su siempre surgente *vitalismo*. Con lo que no quiero decir que no fuese Oscar Wilde —que lo fue— un escritor artificioso, amante de *lo literario* (de lo que siguiendo a Horacio llamaron los críticos ingleses *pedazos de púrpura*), decadente en cuanto pudo, refinado adrede, sí, pero además, Wilde amó apasionadamente el *reino de este mundo*, gozó viviendo y contemplándose vivir, y apostó fuerte en esa jugada. Fue esteta y neopagano, lo que puede parecer una contradicción, y mezcló (como insinuó él mismo) su vida en su obra y su arte en su vida, como en la mejor novela. Y es eso, esa gran fuerza derrochada, esa energía de pasión cultivada con arabescos exquisitos, su deseo de vivir y de hacer arte de ello, plasmado literariamente en sus libros, lo que hace de Wilde —resumiendo— un escritor irrenunciable y que (tanto tiempo después) nunca decepciona.

*

Oscar Wilde (1854-1900) es para muchos el prototipo del escritor y aun del personaje *fin de siglo*. Jugó —y creyó— en el dandismo, amó el refinamiento aun a riesgo de exagerar, pensó que una duquesa (como diría Proust) es necesariamente un ser delicioso —aunque sabía, y él el primero, que todo eso es mentira— y fingió creer en la frivolidad y en el lujo (que indudablemente le gustaban) como en una filosofía, y así ocultó *dezza*, de la *canaille* y de los vicios (todo lo que exalta y celebran las novelas de Lorrain y de D'Annunzio, de madame Rachilde, de Vargas Vila y de Hoyos y Vinent), pero el vicio por el que fue tan duramente condenado era en él una virtud. Porque frente a un lado morboso, artificial, voluntariamente corrupto y exquisito que hay en su obra (y que la hace tan propiamente *fin de siglo*) existe en Wilde, y en no menor medida, un canto al esplendor de la vida en libertad, al gozo de sentir misericordia, a la claridad del amor (sea del lado que sea) y, sobre todo, un afán de felicidad, de hacer del mundo un paraíso de júbilo y columnas frente al mar de Jonia y en verano, una tal exaltación de todos los sentidos, siempre luminosa, que este otro Wilde por fuerza modifica al primero. O por decirlo mejor, Oscar Wilde no es sólo el dandi y el artista decadente que dice detestar la vida porque es *natural* (como un personaje de Villiers o de Huysmans), sino —y al mismo tiempo— el pagano cantor de la luz y la alegría, de sátrapa filoheleno orgulloso de todos sus placeres, no por decadencia, sino por intensidad exaltadora (Wilde fue un adorador del Sol más que un cultor de la Luna). Pero por encima de una cosa y otra está la estética, un desordenado, intensísimo y total amor a la Belleza. Wilde —lo he dicho en otra parte— rigió su vida y su obra por ese baremo estético. Todo lo quiso bello. De todo intentó hacer —y en am-

plia medida lo consiguió— una obra de arte. Por eso no cabe separar la obra de Wilde de su vida, porque están unidas por un ideal común y por un resultado parecido. Vida y obra expresan la misma principalía estética. Aunque esa norma abarque luego desde el teatro a lo Eleonora Duse, hasta las estatuas de Grecia, la reflexión crítica o los chicos de Londres. (Lo dijo el propio Oscar, tan acertado en su gusto aforístico: «La belleza es el símbolo de los símbolos. Lo revela todo porque no expresa nada»). Entendiendo así a Wilde, desaparece la dicotomía de pensar si la brillante y trágica vida del hombre no tapó al artista. El Oscar Wilde de las levitas raras, del *traje estético* y de los claveles verdes en la solapa, es el mismo que escribió *El retrato de Dorian Gray* o la espléndida *Balada de la cárcel de Reading*. El mismo, y por singular motivo: ser arte, hacer arte. Muy pocos pueden —*los elegidos*, que él mismo reclamaba— mezclar tan de verdad dos vinos con tanta embocadura...

*

Oscar Wilde nació en Dublín. Y en Irlanda vivió sus primeros años. Su padre —William Wilde— fue un médico reputado, no sólo por su bien hacer profesional, sino además por su desordenado afán mujeriego. En una sociedad tan puritana como lo era entonces la británica (Oscar la sufriría más adelante), un escándalo de faldas en un hombre notable podía arruinar una sólida carrera. Más aún si ocurría entre el médico y una paciente. Al padre de Wilde le pasó eso.

Su madre —Jane Francesca Elgee— era todo un personaje, y de ella (freudianamente) habría sacado el hijo (aunque no su otro hermano, bastante gris, ni su hermana, muerta en la infancia) muchas de sus *raras* características. Jane Francesca había sido, antes de su matrimonio, una conocida independentista irlandesa, pero era también —y eso

perseveró más en ella— una esnob voluntariosa, aficionada al *gran mundo* y a las letras. Era además gorda, teatral, grandona, y gustaba de ir muy maquillada.

Oscar, que había estudiado en los mejores colegios de Irlanda (entre ellos el Trinity College, de Dublín) obtiene en 1875 una beca para ingresar en Oxford, el sueño dorado de todo estudiante con *ambiciones* y talento. Era ya un experto y un aficionado a todo lo griego, curiosamente más, mucho más, que lo latino. En 1877 viaja a Italia y Grecia junto a su antiguo profesor de clásicas en Dublín, John Pentland Mahaffy, con el que había seguido en buenas relaciones. Ese viaje fue realizado, en parte, con su correspondiente de la herencia paterna, ya que sir William Wilde (le habían ennoblecido por sus servicios a la Corona) murió el año antes.

En 1878 recibe el título de *Bachelor of Arts*, y gana un premio de poesía, con un poema sugeridor, un tanto prerrafaelista y lleno de culturalismo, «Rávena», evocación de la ciudad italiana. El Wilde que, finalizando ese año, se dispone a abandonar Oxford es, de alguna manera, un hombre feliz. Ha recibido una sólida formación humanística, ha entrado en contacto (y participado) en las corrientes estéticas del momento (John Ruskin y Walter Pater), conoce los postulados y poemas de los prerrafaelistas, también la última literatura francesa. Pero además Wilde ama el *mundo* y tiene deseos de sorprender y de triunfar.

Es un esteta y empieza a ser dandi.

A partir de 1880, Wilde inicia su periplo: la construcción de un arte, que es también la vida. Se deja crecer el pelo, usa calzón corto, zapatos de charol y hebillas, chaquetas de terciopelo y lirios en el ojal o en la mano... Es rebuscado, amanerado, impertinente. Y comienza a *relacionarse*: actrices, pintores (Whistler, en especial), gente importante son su meta. Wilde quiere ser *artista*, pero asimismo *mundano* (para eso tiene la facilidad de su verbo su esnobismo),

y también célebre. «Lo importante es que hablen de uno, aunque sea bien», dijo en algún momento.

En 1882, Oscar publica su primer libro. Es una colección de poesías —*Poems*, será el título—, algunas de las cuales data de los días de Oxford. Hay poemas bellos y sin duda de calidad, pero el conjunto podría calificarse como de conglomerado en el que están representadas las principales tendencias de la poesía inglesa del momento.

En esa misma época, Wilde —cuya vocación teatral es temprana— ha escrito un drama de tema moderno (sobre los anarquistas rusos) titulado *Vera a los nihilistas*. Pero su éxito verdadero, lo que empieza a hacer que se hable ya de él, es él mismo: su pose, sus maneras, su atuendo estético, sus paradojas... Wilde (que no había sido, ni mucho menos, el padre del esteticismo inglés) se convierte, de pronto, en su más genuino —y un algo caricaturesco— representante. De hecho su primera celebridad le viene por un lado crítico —es atacado— y paródico —no llega a saberse si él imita a los esteticistas o ellos a él—, pero los críticos le reseñan. En 1882 realiza un ciclo de conferencias —*El Renacimiento inglés del Arte*— por Estados Unidos, lo que le proporciona más fama, pero sobre todo (y ese será uno de los grandes problemas vitales de Oscar) dinero. Un año después volverá a Nueva York para el estreno de su drama *Vera...*, que es un fracaso. Retorna, pues, a las conferencias, esta vez por Inglaterra. Y en 1884 nos hallamos ante el fin del *primer Wilde*. Abandona las exageradas maneras del *traje estético* (aunque no, por supuesto, el esteticismo ni la vocación de dandi) y, tras sus fracasos literarios (su tragedia *La Duquesa de Padua* ni siquiera llega a ser estrenada), debe replantearse seriamente el futuro.

Ese mismo año, Wilde (que ya había tenido veleidades homoeróticas en Oxford, aunque posiblemente con una alta dosis de platonismo) contrae matrimonio con una bella (y un tanto simple) muchacha de origen irlandés, Constance Mary Lloyd, hija única y huérfana de un consejero de la rei-

na. Los años primeros del matrimonio —del que nacieron dos hijos, Cyril y Vyvian— fueron los más fructíferos y ordenados de la vida de Oscar, aunque indudablemente los de interés más escaso. El escritor se gana la vida como periodista. En 1887 es director de una revista femenina, *The Woman's World*, y es entonces cuando comienza a estabilizarse económicamente. Ese año (sigue haciendo una vida familiar y metódica) publica sus primeros cuentos en revistas, y al año siguiente, *El Príncipe Feliz y otros cuentos*. La sociedad (en la que Wilde vuelve ahora a moverse de nuevo, más grueso y mucho más brillante) comienza a comentar —encandilada— que aquel ser delicioso, feliz, agudo, incisivo y culto sufre una notable propensión hacia los muchachos. Y que algunas noches frecuenta lugares de reputación más bien dudosa. Más tarde escribirá Oscar este aforismo estupeiando: «Hay algo trágico en el enorme número de jóvenes que viven en Inglaterra en la época actual: empiezan su vida con perfiles perfectos, y acaban por adoptar alguna profesión útil».

En 1889 publica *La decadencia de la mentira* (ensayos) y un relato, *El retrato de míster W. H.*, alrededor del supuesto inspirador de los *Sonetos*, de Shakespeare, que fue recibido con escándalo por los críticos, y que confirman las tendencias homófilas de Wilde. Su fama, sin embargo, su brillantez, su éxito, son ya inevitables. Oscar, superando la primera corriente del esteticismo inglés (la dominada por el prerrafaelismo), va a convertirse —entre entusiastas y enemigos— en el pontífice de la nueva década, en el gran santón del decadentismo paganizante: imagen de Dionisios entrando en Antioquía entre músicas, placeres, tigres y muchachos.

Mil ochocientos noventa (el año que se editó, por primera vez en revista, *El retrato de Dorian Gray*) es el comienzo indiscutible de la celebridad de Wilde. Publicaciones (ensayos, teatro, cuentos), viajes a París y al norte de África, éxitos radiantes como comediógrafo, en piezas de

salón (*El abanico de lady Windermere*, en 1892), amores marginales, mercenarios o elegantes, descaro, atrevimiento, insultos, enemistad y envidias, todo ello enmarca los cinco años del gran ascenso de Oscar Wilde al estrellato social y literario. El autor de *Una casa de granadas*, *Salomé*, *Un marido ideal* o de poemas tan en la cúspide esteticista como *La Esfinge* (comenzado muchos años antes), es agasajado y repudiado por el *gran mundo*, celebrado por los escritores franceses más del momento, y amante de golfillos de arrabal o de lord Alfred Bruce Douglas —el gran amor de su vida—, hijo de una aristocrática familia inglesa, hermoso, poeta, caprichoso y fatal... El drama (que naturalmente venía gestándose tiempo atrás) estalla cuando Wilde —mal aconsejado— entabla querrela contra el marqués de Queensberry —el tosquísimo padre de lord Alfred—, porque el puritano señor (que mantenía pésimas relaciones con su hijo) había insultado en una tarjeta a Oscar diciéndole que posaba de *sondomita* (así, con falta ortográfica y todo). Ello dio lugar a una serie de juicios en los que se estrechó y cuandió hasta lo indecible la horma y estupidez del puritanismo británico, y Wilde —probado una y otra vez su vicio por guapos chicos de barrio, con los que no se había portado mal en absoluto— fue condenado a dos años de trabajos forzados: el máximo castigo que para el caso preveía la ley. Era a mediados de 1895.

La prisión (Wandsworth primero, y Reading después) supuso un tremendo calvario para el esteta, que aceptó todo como la necesaria escena final de un drama. No cual una penitencia —como han insinuado algunos—, sino como una catarsis, como el obligado fin de una tragedia griega. Claro que, al tiempo, Wilde lo tiñó todo de franciscanismo, pregonando una estética de la humildad y de la renuncia.

Al salir de la prisión (en la primavera de 1897), Wilde abandona de inmediato Inglaterra, a la que no volverá jamás. El resto de su vida, entre viajes, pedigüeñez, retorno y final con lord Alfred, cambio de nombre —será ahora Se-

bastian Melmoth— y retorno asimismo apasionado a su vicio, es el lento y artístico camino de un suicidio. No hace nada (una vez concluida, el mismo año en que salió de prisión, la *Balada de la cárcel de Reading*), vagabundea por París o por la Costa Azul, y lleva encima, con magnificencia de rey caído, la singularidad cada vez más alta y notable de ser quien es (el escritor vilipendiado y admirado, el príncipe de la decadencia), y también su condición de marginado excelso, de proscrito, de apátrida, de homosexual *urbi et orbe*, blanco de todos los dicterios de los cenicientos biempensantes del mundo. Era, ello es evidente, una alta y difícilísima frontera. La gente le busca y le odia, los grandes piden verle (todos dirán luego: «yo conocí una vez a Oscar Wilde»), y muchos amigos le abandonan. Bordeando siempre una miseria dorada (que ha sido muy bien narrada por su biógrafo, prestamista y final amigo, Frank Harris), Oscar muere, de terrible enfermedad, en París, el 30 de noviembre de 1900, en el pobre Hotel d'Alsace, en la callecita de Beaux-Arts, orilla izquierda del Sena. Fue enterrado —entre reducido cortejo— en el cementerio de Bagneaux y trasladado en 1909 al Père Lachaise, donde aún reposa.

*

Oscar Wilde publicó en vida tres libros de cuentos o relatos, más algunos textos dispersos (en general breves) no recogidos en volumen.

El primero en aparecer fue *The Happy Prince and other tales* (*El Príncipe Feliz y otros cuentos*), editado en 1888. Tal vez fue ése el primer libro de éxito de Wilde, y en cualquier caso, es el que representa su «primer estilo narrativo», dominado aún por lo que —en términos muy generales— pudiéramos denominar el influjo prerrafaelista. Para algunos críticos, este es el estilo más característico de Oscar Wilde. Con influjos de Andersen, de Hoffmann y de los cuentos

populares, pero con un sello propio absoluto. Hay en el volumen —además del cuento que le da título, *El Príncipe Feliz*— textos tan característicos de Wilde como *El ruiseñor y la rosa* o *El gigante egoísta*. Pero es, quizá, *El Príncipe Feliz* la muestra más clara de ese estilo.

Los primeros cuentos wildeanos son fábulas. Pretenden (y logran) un tono de relato infantil-tradicional, dentro del cual no se olvidan notables concesiones estéticas. *El amigo abnegado* (otro de los cuentos del libro) es la historia del joven y generoso jardinero Hans, que hasta la muerte se sacrifica por un molinero vecino, que se dice su amigo, pero que en verdad —bajo las bellas palabras— le explota, para seguirse diciendo su mejor amigo, y aun presidir el duelo, tras esa muerte. *El Príncipe Feliz* es la bella estatua de un príncipe adolescente, que se eleva sobre una ciudad inconcreta con toques de burgo medieval o de puerto inglés elisabetiano. El Príncipe, cuyos ojos son dos zafiros, y en el pomo de cuya espada brilla un hermoso rubí, fue, mientras vivió, feliz y ajeno al mundo, pero ahora desde el pedestal contempla por primera vez las miserias de la ciudad sobre la que reinó. Una golondrina —símbolo inicial de la inconstancia—, de viaje invernal a Egipto, hace noche en la estatua, y el príncipe llorando le suplica que se quede con él una noche más (y luego otra) para ayudarle a remediar la mucha pobreza que ve. Arrancándole el rubí de la espada, los zafiros de los ojos, y las láminas de oro, finalmente, que recubren el cuerpo del Príncipe, la golondrina muere de frío, tras haber ayudado a una madre costurera cuyo hijo está enfermo, a un joven poeta que trabaja en condiciones de mendigo y a una niña cerillera, entre otros... Al final, los concejales de la ciudad pensarán en demoler una tan fea estatua.

Hay, pues, muy claramente, una toma de partido en la que la estética sirve y tiene una función social. La *belleza* del Príncipe y de la golondrina sirven a remediar el dolor, y las estéticas evocaciones que hace de Egipto el ave, más

allá de dar color al relato, son un punto de contraste entre los dos polos del cuento: la vida feliz del Sur y la vida humilde y menesterosa del Norte, y cómo la primera debe ayudar a la segunda. El egoísmo, la belleza y la felicidad — grandes valores en la cosmovisión dandística de Wilde— son vistos ahora como cauces para solucionar la pobreza. Es así el cuento (y el libro) un verdadero canto esteticista (y voluntariamente *naïf*) a los humildes, y un triunfo de la piedad y de la compasión hacia una menesterosidad que se ve (estéticamente) como una mística. «El mayor misterio es la miseria», leemos. (Lo que tendrá mucho que ver con un extraño libro que el místico-simbolista belga Maurice Maeterlinck escribirá años después —en 1898—, *La Trésor des humbles, El tesoro de los humildes*). El arte está así en los primeros cuentos de Wilde al servicio de la moral —de una moral socioindividual, para ser más exacto—, lo que, evidentemente, los conecta con las teorías socializantes de uno de sus maestros estéticos, Ruskin. Si bien la estética está naturalmente presente, y esa estética de la ingenuidad será el mayor encanto de estos cuentos que exaltan la bondad, la caridad, la generosidad, el altruismo, con desprecio de los vicios opuestos. Por otro lado, el hecho de que se presenten como leyendas con sabor tradicional o antiguo no es, posiblemente —aparte referencias literarias—, más que una muy bien lograda y personalizada nota de prerrafaelismo.

En 1891, Wilde publica su segundo volumen de relatos —dejamos aparte, naturalmente, la novela *El retrato de Dorian Gray* y el relato ensayístico *El retrato de mister W. H.*, uno de los textos más característicos, sugerentes y ambiguos del escritor—, titulado *Lord Arthur Savile's Crime and Other Stories* (*El crimen de lord Arthur Savile y otras historias*), conjunto de novelas breves mejor que cuentos, frecuentemente en vena satírica o humorística, y donde se halla un texto tan conocido de Wilde como *El fantasma de Canterville*; si bien muchas de estas novelitas habían sido

publicadas en revistas años antes. Pero el mismo 1891 vio aparecer, también, el segundo y último de los libros de cuentos de nuestro autor, bajo el sugestivo título *A House of Pomegranates (Una casa de granadas)*.

Contiene la obra cuatro cuentos, alguno de los cuales está entre lo mejor de Wilde en la narrativa breve. Por ejemplo, *El joven rey*, *El cumpleaños de la infanta* o *El niñoestrella*. Aunque en los cuentos sigue rastreándose aquella intencionalidad ético-estética que advertí ya en los textos de *El Príncipe Feliz*, es otro el Wilde que ahora escribe.

El joven rey es la historia —con comienzo tradicional— de un muchachito de diecisiete años, de estirpe real, pero criado entre pastores, que es reconocido por su abuelo el rey, antes de morir, y que espera, en su magnífico palacio, la próxima mañana en que será coronado. El gusto por lo lujoso que manifiesta el muchacho, y su consiguiente descripción, nos sitúan, casi de entrada, en una atmósfera *decadente*: un joven cuya máxima pasión es la belleza, mezclada convenientemente de artificio. El adolescente rey recorre el palacio y sus fastos, «como si buscara en la belleza un alivio a su pena, una especie de curación a una dolencia». Belleza que adoraba en estatuas, camafeos o piedras preciosas. Se duerme —esa noche, víspera de su coronación— y sueña el joven rey tres sueños. En el primero ve un telar, donde afanosa y pobremente, en un aire corrompido y húmedo, los tejedores preparan un traje con hilos de oro para la coronación del rey. En el segundo sueño —el más bello y estetizante como descripción—, un bajel mandado por negros, y movido por cien esclavos blancos, se detiene en una bahía africana, donde sopla arena roja sobre la vela, y en el horizonte hostigan caballistas árabes... Allí anclados, los negros taponan con cera los oídos y la nariz de un muchacho que se zambulle en el mar para, trabajosamente, lograr sacar tres espléndidas perlas. Cuando el chico muere, tras las inmersiones, sabemos que las perlas serán para el cetro del joven rey. En cuanto al tercer sueño, presenta

una visionaria conversación entre la Muerte y la Avaricia, disputándose un grano de trigo. Como la Avaricia se lo niega, la Muerte irá, con pestes y estragos, desolando a los hombres de su enemiga, que, miserables y hundidos en fango, escarban oprobiosamente la tierra. Eran esclavos y buscaban rubíes para la corona del rey. Tras esta visión, el joven monarca se despierta, ya de día, y se niega a ser coronado con aquellas gemas. «Hay sangre en el corazón del rubí y muerte en el de la perla». Pide sus vestidos de pastor y acude así a la catedral, entre la hilaridad del pueblo y la reprobación de los nobles y del obispo. El rey ayuda a los pobres siendo rey —le dirán— y no mendigo. Los nobles entran en la iglesia para acabar con el soñador loco, pero cuando van a hacerlo, la luz que atraviesa los vitrales le unge, convirtiendo su traje, su corona de rosas y su vara de azucenas, en cetro y manto de maravillas fulgentes, y el obispo y los nobles se prosternan ante aquella transustanciación mística. El joven rey es ahora un querube. «Y el joven rey bajó del altar mayor y volvió a su palacio, cruzando entre el pueblo. Pero ninguno se atrevía a mirar su rostro, pues era semejante al de un ángel».

El cuento es realmente redondo y es formalmente uno de los más logrados de Wilde. Es obvio que de su argumento y de su final se desprende una moraleja —como en *El Príncipe Feliz*—, pero en esta apenas se insiste, y aunque exista idéntica mística de la pobreza —temas *sociales* bajo el prisma ruskiniano—, es la estética lo que predomina en el relato, pues la piedad es gratificada con belleza, y la moral se sustituye hermosamente con una *visión*.

Abundan los elementos *decadentes* —prácticamente inexistentes en la colección anterior—, y el joven rey se nos presenta como un precursor de Des Esseintes, enamorado de gemas y lujos. La descripción de los sueños —con su clara incursión en el simbolismo— es también *decadente*. Los rasgos del cuento tradicional han disminuido mucho asimismo, y finalmente los elementos homófilos son paten-

tes, delatando la nueva situación de Wilde, merodeador y príncipe, por entonces, de las beldades sodomíticas: el rey es un muchachito joven y hermoso, delgado y rubios pajes de la corte le acompañan en sus correrías palaciegas, y su adoración artificiosa se realiza sobre tres clásicas representaciones paídicas: un camafeo con la figura de Adonis, una estatua de Antínoo y una imagen plateada de Endimión.

Estamos, pues, en el Wilde de la segunda época. Un escritor influido por el simbolismo decadente de raíz francesa, frente al antiguo prerrafaelismo. En *Una casa de granadas* es ya el opulento escritor del triunfo; cuando se consideraba —pero lleno de angustias— el rey de la vida. Mórbido, pagano, sensual, la compasión se le presenta no en sí, sino como un camino más hacia la belleza. Sólo ésta existe realmente para él; cuanto es bello es visto como una prolongación del reino del cuerpo. Todo el decadentismo, en fin, que logrará su cima en la inminente *Salomé*.

*

Lo que acaso pudiéramos denominar última estética de Oscar Wilde, está muy vinculada al espíritu de sus cuentos. Cuando en mayo de 1895 Wilde entra en prisión, siente que todo su mundo de lujo y escarlata se derrumba. El «rey de la vida» —como él mismo se dijo— tiene que visitar el lado sombrío del jardín. El esplendor, el vicio convertido en arte, la magnificencia, todo ha desaparecido. Wilde se considera un proscrito, y en tal consideración se mantendrá lo que le resta de vida. Pues al salir de prisión, sobre su nombre pesa la ignominia, y sigue siendo despreciado. (Los turistas ingleses —gente acomodada y burguesa, por supuesto— se marchaban si le veían entrar en un restaurante, o exigían al dueño que le echase).

Pero Oscar ha adoptado ya entonces una suerte de ética franciscana, situándose —frente a su antiguo personaje,